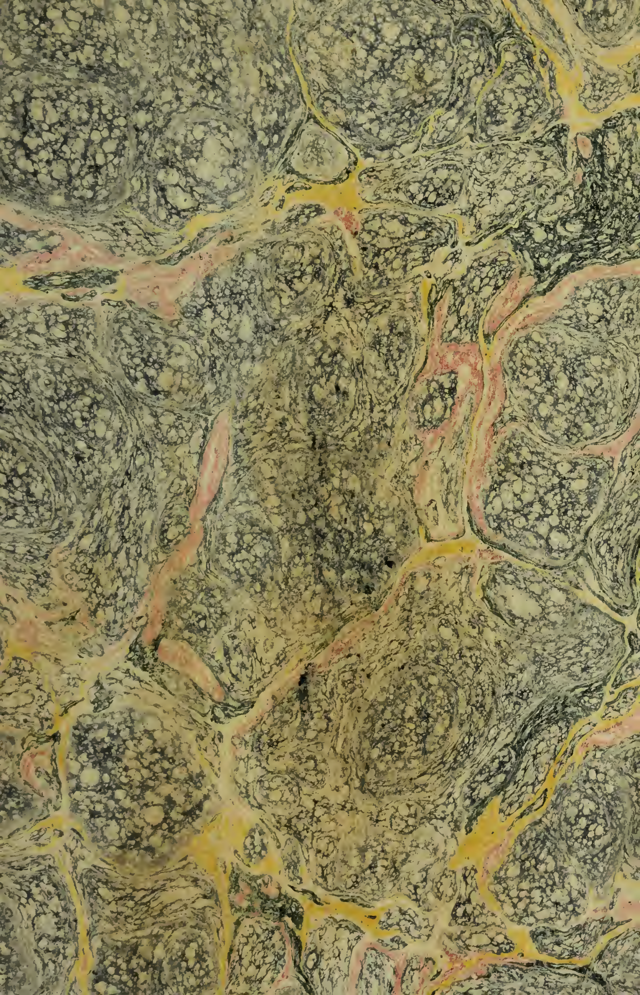


LA MORAL DE DON QUIXOTE.

LA MORAL
DE DON QUIXOTE
DEDUCIDA DE LA HISTORIA,
que de sus gloriosas hazañas escribió Cide-Hamete Benengelí.

Por su grande Amigo el Cura.

DALA A LUZ
EL Br. D. P. GATELL.



CON LICENCIA:
MADRID.

POR JOSEF HERRERA.
MDCCLXXXIX.

LA FELIZ AVENTURA, que dió ocasion á que se escribiera esta Obra.

Lector mio : para venir á Madrid me fue preciso pasar por la Mancha. Siempre hubiera hecho el mismo viage , aunque no me viniera tan de molde ; porque toda mi vida he deseado visitar la memorable aldea de nuestro Don Quixote , como los Moros la gran mezquita de Meca. De pueblo en pueblo, de lugar en lugar, de casa en casa , y á quantas personas encontraba, fui preguntando por la casa originaria

del Caballero de aquellas llanuras. Nadie supo darme razon: por ultimo entré en una botica, y despues de haber saludado con todo comedimiento, y cortesia al señor Boticario, le supliqué me noticiase el lugar de aquel famoso Manchego. Me respondió muy afable, que aun no se habia decidido, por no haber querido acordarse de él el historiador, y por hallarse en muchos de aquellos pueblos, familias con los apellidos de Quixada, Quesada, y Quixano, y que duraba aun la competencia, en qual de estos sea su verdadero apellido. A esso

le dixe: buen dolor es, que por lo general se dude de la patria de los hombres grandes! ¿Segun eso, no tiene Vm. noticia alguna que darme sobre el particular? No señor, respondió; á no ser que en este viejo, y manchado manuscrito, que me vendió ahora un muchacho, toque algo de eso; porque, si no me engaño, trata de Don Quixote; no puedo instruir á usted de mas. A ver le dixe; busqué el título, y hallé qne decia asi: la Moral de Don Quixote. No quise leer mas, y ocultando el regocijo que tenia de tan importante hallazgo, le rogué se

sirviese de vendermelo, diciendole: amigo basta que hablé de vuestro glorioso paisano, para que no se emplee en vestir emplastos ese papel. Sonriendose contextó á estas razones, diciendo que habia dado por él un real y medio, y que se contentaba con otro tanto. Díselo al momento, y en él mismo eché á correr para la posada, con tanta celeridad, que no se me podian ver los tacones, tan grandes como los de la moda. Apenas llegué á ella, quando en un rincon del corral le lei de la cruz á la fecha, que no tenia, con el gozo que se dexá

considerar. El título era el mismo, sin quitar, ni añadir, que el que se lee en el frontispicio de esta obra. Yo solo pongo de mi parte la aplicacion de la Moral, escrita por el Cura en su tiempo, á la epoca presente. Esto supuesto, debo esperar de todos los curiosos, que la recibirán como de un Licenciado de tanto merito, por mas que la dé á luz un Bachiller tan arrestado como el insigne Caballero de los Leones; y al propio tiempo mas humilde que Sancho, por considerar esta empresa, como propia para el inmortal Cervantes. Animado de

esta verdad ruego encarecidamente á todo aquel que la leyere, que disimule los contratiempos, que desde luego debe ofrecer una aventura de tanta monta.

LA MORAL DE D. QUIXOTE.

El Cura dá los motivos que le obligaron á escribir esta Obra.

No bien hubo llegado á mis manos el ultimo tomo de la famosa historia de Don Quixote, quando comenzé á leerla, deseoso de ver si la narracion venia conforme con los acontecimientos de los tres antecedentes. De tal manera me engolfé en su lectura, que no le largué de la mano hasta concluirlo, solo por cotexar la descripcion de su enfermedad y muerte, segun, y conforme la habia presen-

ciado. No pude menos de notar lo conciso que habló el historiador, pues remitió al silencio las sabias razones que dixo Alonso el Bueno, asi se llamó Don Quixote, desde que tornó en su sano juicio, hasta el ultimo instante de su vida. Indignóme á la verdad, un descuido, ó malicia tan descomunal. Desde entonces consideré que no cumplia con la fe de la verdadera amistad, que en vida le profesaba, y despues de muerto le conservo, si dexaba de publicarlas al Universo entero. ¿Acaso, decia en mis solas, convendria mas, ó seria mas util, ha-

ber expuesto los hechos, y discursos de Don Quixote de la Mancha, del Caballero de la Triste figura, de los Leones &c. que las de Alonso Quixano el bueno? No por cierto, pues que aquellas eran producciones de un delirante ciego, y loco, y estas son partos de un entendimiento sano, juicioso, y lo que vale mas, escarmentado. De tan diverso modo pensaba, y raciocinaba mi bueno de Alonso, que no puede compararse con la diferencia que hay del dia á la noche, de la verdad á la mentira, y de la locura á la sensatéz. Esta fue la causa que me

excitó á desfacer un agravio de tan excesivo tamaño, como hizo el Cronista á mi caro amigo; y mayormente, quando no debe quedar sumergido en la obscuridad, que en los quince dias, que duró la enfermedad, cumplió enteramente la promesa que hizo en los primeros dias de caido en la cama, concebida en los terminos siguientes: „ los de asta aqui que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte con ayuda del cielo en mi provecho, y en el de todo mortal. " Yo le acompañé en lo mas de su vida, y en toda su erferme-

dad, y por lo tanto yo solo puedo desempeñar la empresa que ya no juzgo culpableen Cide-Hamete, pues desde luego creo, no habia llegado á su noticia.

Es de advertir que despues que hubo dispertado Don Quixote en su juicio, y devuelto ya en Alonso el bueno, recorrió toda su vida, y hechos con tal orden, y presencia de animo, que no se separó un punto del mismo que observa el Historiador; por esto, y para traher á la memoria con mas facilidad los discursos, y acciones que han

dado origen á la Moral , me arreglaré á los libros , segun el orden que guarda Cide , y vaya en nombre de Dios.

LA MORAL
DEL PRIMER LIBRO.

Al dispertar Don Quixote de aquel profundo sueño de seis horas, que creyeron letargo Ama y Sobrina, prorrumpió en estas voces: „Bendito sea el poderoso Dios que tanto bien me ha hecho: en fin sus misericordias no tienen límites, ni las abrevian, ni impiden los pecados de los hombres.“ Atenta la Sobrina observó que estas razones eran muy concertadas, y admirada le preguntó: ¿Qué decia, y si tenia algo de nuevo? ¿Qué misericordias eran

aquellas, ó qué pecados de los hombres? ,, Las misericordias, respondió, son, Sobrina, las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dixe, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la îgnorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continuada leyenda de los detestables libros de caballería. Ya conozco sus embelecos, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me dexa tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. ,, A estas añadió otras, y concluyó con las siguientes que no expone el autor. Frisaba cinquenta años quando empezé mis aven-

turas; despues que habia consumido lo mas precioso de mi edad en los descomunales libros que trastornaron mi juicio, y perturbaron mi razon. ¡Qué tiempo tan mal gastado! ¡Qué cinquenta años, qué mitad de un siglo tan desdichado! ¡Ay de mí! lo que mas siento es el ver que ya no tiene remedio!

¡Es cierto que es digno de la mayor lastima el observar que los hombres consumen los dias, meses y años, su juventud, y tambien la edad segunda, labrandose la vejéz mas desgraciada! Don Quixote con los libros de caballeria, y otros muchos, por distintos caminos, llegan á el ultimo tercio de su vida; y quando debian dar frutos sazonados, y señales de ma-

duréz, de reposo, de prudencia &c. es quando desbarran en peores y mas extrañas locuras, que las del prodigioso Hidalgo.

En esa edad, á la que apenas llega el diez por ciento de los mortales, segun las observaciones de Halley, Smart, Simpson, Kerseboom, Pereseux, Du Pré y Bufon, es en la que el hombre ha de delirar? ¡Fuerte desdicha de la humana miseria! la misma fatalidad que se atraxo mi Amigo por haber empleado tan mal aquella mitad del siglo, consigue todo hombre que no se ocupa desde su juventud, que sigue solo las sendas de la indolencia, ociosidad y demas vicios. Despues que han malver-

sado muchos sus haciendas, y que se miran cargados de años, de canas, y tal vez de hijos, es quando se meten á aventureros como Don Quixote. ¿Pero en qué clase de aventuras? En las mas críticas, en las mas perjudiciales á la sociedad. Fulminar pleitos, tramar engaños, y proyectar empresas, dirigidas todas á inquietar á aquellos que por el camino de la virtud, que con sus sudores y desvelos han conseguido ser el objeto de su depravada envidia.

Algunos abandonan sus casas y familia, y se vienen á la Corte á pretender. Son infinitos los que toman partido en esta orden de caballería, sin mas meritos que el tiempo que han perdido, y los vicios é in-

digencia que han logrado con la ociosidad: no dexan piedra que no muevan, resorte que no opriman, ni sugeto que no envistan, buscando proteccion para sus locas pretensiones.

Cargan otros con sus mugeres, para que con el merito de sus armas, consigan aquel empleo que les dicta su dislocada imaginacion.

No pocos dirigen mas lexos sus aventuras, se pasan á las Americas, creidos de que en el otro mundo se acopian los caudales con la vara de Midas, convirtiendo las piedras en los preciosos metales: esto es, sin mas trabaxo que el de los Israelitas en el desierto; pero se hallan burlados, y los mas perecen sumergidos en la mas

profunda miseria.

Algunos se aplican á el contrabando, ocupacion indigna de todo hombre de bien; y que solo conduce á los presidios; y y á la infelicidad.

Ultimamente otros, aunque muy raros, sientan plaza en algun regimiento, exemplo que debian seguir todos aquellos que ya hechos, se hallan sin oficio, ni beneficio. ¿Qué mayor, y mas seguro efugio que el de servir al Rey? No es facil de comprender, de donde nazca esa preocupacion, que los ahuyenta de una carrera, que no promete mas que honor, mas que provecho. El hombre de bien halla en ella, sin disputa, mas felicidad que en otra alguna. ¿Qué mejor destino po-

drá dar un padre á su hijo? ¿En donde mejor que en la carrera de las armas podrá prosperar todo sugeto, que ó por negligencia de sus padres; ó por culpa suya se vea con treinta años, y sin destino? Nacemos para ser utiles á la patria; y ya que no lo sean por la agricultura, artes y ciencias; por qué no procurarán serlo por las armas? ¿Quántos Heroes conoce España, que empezaron la carrera de soldados rasos? ¿Quántos han ilustrado sus familias, y han adquirido nombre inmortal por esta via? Luego antes de verse, como los que llevo referidos, preferir las armas, á la miseria, mendicidad, presidios &c. Esta es la orden de caballería propia para los an-

dantes, que deben llamarse sabandijas de la República. No esperar el desengaño para la hora de nuestro Manchego.

Advirtió mi bueno de Alonso que habia venido tarde el conocimiento; pues no fue tan tarde, quando le dexó tiempo para arrepentirse, ya que no para enmendarse. ¿Quántos Don Quixotes hay, y habrá en el mundo, que no conseguirán igual fortuna? Bien pueden escarmentar en mi Alonso; antes que empeñarse en sostener una caballería imaginaria, que por ultimo los conduce á una vejez llena de penas, y amarguras.

Aquellos libros que le movieron á olvidar la caza, y lo que es peor, el cuidado de su

hacienda ; y que por ultimo le inspiraron la resolucion de entrarse Caballero andante , no le separaban del temor de Dios, ni del amor , y fidelidad tan debido al Soberano. Jamas se propuso por objeto de su caballería , mas que su honor , y el bien de la República ; por esa razon, despues que hubo limpiado sus armas mohosas de viejas , despues que hubo hecho celada de su morrion , puestose nombre altisonante á sí , y á su rocin, empeñado en seguir en todo las acciones , y costumbres de los Caballeros que se habia propuesto imitar , pensó en escoger una dama de quien enamomorarse , costumbre tambien de los Poetas ; pero con el fin de presentarle algun Gigante,

si le partiese por medio, ó le venciera en singular batalla, con el objeto de que al presentarse dixera hincado de rodillas: Señora, yo soy el Gigante Caraculiambro, Señor de la Insula Melindrania á quien venció el jamas, como se debe alabado Caballero Don Quixote de la Mancha, el qual me mandó que me presentase ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mi á su talante.

Efectivamente eligió una moza labradora, llamada Aldonza Lorenzo, y la condecoró, con el musico, y melifluo nombre de Dulcinea del Toboso. Todo su enamoramiento no sobrepasó los terminos de su imaginacion, pues consta que jamas curó de verla, ni hablarla.

Bien claro está que nuestro Don Quixote, y sus caballeros se contentaban con solo los amores de una dama; pero no está nada turbio, el que los Quixotes del dia, no perdonan casada, viuda, ni doncella, que no tomen por objetos de su desenfrenada lascivia. Aquel bebió en sus libros aquella doctrina; pero estos, quando mas, se instruyen en el arte de seducir á todos por medio de las comedias; de esas hablo que no respiran mas que ardídes para vencer quantas dificultades se ofrecen en los combates de amor. De esas, que por mas que se ha escrito contra ellas, tanto por plumas estrañas, como caseras, se mantienen en el mismo pie que antes, y se repre-

sentan todos los dias en los teatros. A la verdad merecen la pena que dió á los de Don Quixote su prudente Ama.

Todo el deseo de nuestro Caballero, se terminaba á desfacer agravios, enderezar tuertos, enmendar sinrazones, mejorar abusos, y satisfacer deudas. Con tan buenos y loables propositos salió muy de mañana de su casa, uno de los dias mas calorosos del mes de Julio, sin dar parte á persona alguna. Ya puesto en camino, contento de ver la felicidad conque habia dado principio á su deseo, echó de ver que no era armado Caballero, é imbuido de que era circunstancia, sine qua non, determina hacerse armar por el primero que topase.

Los nuevos caballeros tienen por blanco de sus salidas á todas horas, el facer agravios, entortar derechos, ocasionar sinrazones, y contraher deudas. En esto estriba el contento de estos andantes, pues su deseo no se satisface, sino dando rienda á sus vicios. No se acuerdan de que no son armados caballeros; pero sin esa memoria, y sin esperar ser armados, se ven cruzados, con la uncion, no santa, y muchos en el orden de los desmantelados, ganga, y sin campana.

Y si caminando en pos de aventuras, decia consigo mismo, que el que escribiría su historia, comenzaria con las palabras: apenas el rubicundo Apolo habia tendido por la faz de la an-

cha, y espaciosa tierra, las doradas hebras de sus cabellos &c. la actual familia quixotesca, sin acordarse de hechos dignos de aquella, la hará que comienze de esta manera: apenas el opaco Mercurio se hubo tendido por la faz de la angosta piel de sus cuerpos, quando no entrando, ni por los quicios de las puertas, ni ventanas, el que baña de luz el Manchego orizonte, quarenta dias en obscuras tinieblas, denegridos los dientes, y cayendose á puñados los cabellos, querrán lamentarse; pero no les será permitido por las gruesas, obscuras, y asquerosas lenguas, y por dos rios de un licor venenoso que se despeñan de sus llagadas bocas. Balbucientes con mil suspiros dirán sí: dichosa

edad, y siglo aquel, en que no se conocia este monstruo: ó hermosas Dulcineas señoras de estos cautivos corazones, mucho agravio nos habeis hecho en habernos puesto de esta suerte. Dichoso el que huye de vosotras; y el que evita con vosotras la menor aventura.

Y si los sugetos que se proponia imitar eran aquellos grandes hombres, aquellos Heroes de los libros que le tenian embelesado, como un Palmerin de Inglaterra, ó Amadis de Gaula, el Caballero de la ardiente espada, á quien preferia, y tenia por mas Caballero, que el Cid Ruiz Diaz, Bernardo del Carpio, Reynaldos de Montalvan &c., aquellos; agenos de tales pensamientos, ig-

noran que España haya tenido la gloria de conocer tantos hombres ilustres, como debian ser imitados, y que florecieron en las armas, y letras para exemplo de sus descendientes. Asi sucede, que ciegos en sus devaneos, reputan por vicio la virtud, y fuera de sí, delirando como Don Quixote, quando quiso que la venta fuese castillo con quatro torres y chapiteles de luciente plata; quando creyó que el porquero era el enano que le esperaba; y por ultimo, quando concibió que las dos distrahidas mozas eran princesas: no conocen otro exemplo ni otras leyes, que las que les dicta su corrupcion.

Acordabase de todas estas locuras mi amado Alonso, y

decia: ¿Es posible que tan nublado tubiera yo el entendimiento? ¿Es creible que tan ciegamente se dexen arrastrar los mortales de las pasiones? No lo creyera si no hubiera pasado por mi propio. Gracias al Señor que tanto bien me ha hecho.

Esto mismo acontece á todo humano. Despues que por el acaso, ó por un efecto de la providencia cae el hombre en el conocimiento del error que ha cometido: despues que ha desbarrado, y que se ve perdido sin remedio, ocurre á enmendarlo, admirandose de su poco juicio, y de su demencia. Confiesa la ligereza conque ha procedido, lo poco que ha meditado, y se propone una

vida nueva. ¡Deplorable miseria humana! ¡Estraña desdicha de un ser racional, y notable infelicidad, solo propia de los irracionales.!

Con esto nada estraño será el ver el comedimiento, y cortesia con que habló Don Quixote á las mozas distraidas, pues las consideraba princesas, ó grandes señoras; pero sí debe serlo, y muy mucho, el abuso introducido en estos dias, esto es, la libertad, é insolencia con que hablan hoy los nuevos caballeros andantes á las damas mas encopetadas. Si á la primer vista se manifiestan corteses, atentos, y politicos, dentro de un instante entra el tuteismo, y la franqueza; si no sucede que se comienzan á ar-

rojar los dardos, que llaman primeras lineas del ataque de amor.

Las señoritas, y señorazas tienen la mas de la culpa en esa libertad. Pasan por todo, sino es que dan margen para ello, por un efecto de lo que llaman marcialidad. Si las damas cuidasen de sostener su decoro, y reputacion, no permitiendo un lenguage tan impropio de su sexô, estado, y demas circunstancias, se reprimirian esos caballeretes, y no se tomarian una licencia tan denigrativa á toda señora de nacimento, y educacion.

Tampoco será digno de admiracion el que el famoso Hidalgo Manchego, aun antes de ser armado Caballero, se conformase en dormir una noche

entera sobre unas duras peñas, y en comer bacalao á medio cocer, y un pan mas negro que el ollin; pero sí debe servir de escandalo el mirar, que los Caballeros armados de hoy, no pueden pasar, no digo una noche mala, pero ni el menor mal rato. El gran Turena á los diez años de su edad, para acostumbrarse á los trabajos de la guerra, pasó toda una noche entera del Invierno sobre la fortificacion de Sedán. De este modo se deben formar todos los Caballeros: este es el unico medio para desterrar la afeminacion. Yo aseguro que si siguieran estos exemplos resultarian mas favorables las aventuras de los tiempos presentes. En la epoca pasada se cuidaba

mas del honor que del cuerpo; de la fama y nombre, que de la comodidad.

Tan grande era el deseo del Caballero Manchego de ser armado Caballero, y tal su frenesi, que por conseguirlo, hubiera sufrido los mayores aviesos; y por esta causa no se detiene en que le arme el ventero, un sugeto de las circunstancias qual lo pinta el Historiador. Nada menos que incado de rodillas le dice: ,, no me levantaré jamas de donde estoy, valeroso Caballero, fasta que la vuestra cortesia me otorgue un don que pedirle quiero, el qual redundará en alabanza vuestra, y en pro del género humano. El don que os pido, y de vuestra libera-

lidad me ha sido otorgado es, que mañana en el dia me habeis de armar Caballero, y esta noche en la capilla de este vuestro castillo velaré las armas.“

Tal fatiga en Don Quixote es desde luego remisible; pero el que hoy quiera todo el mundo ser caballero, aun sin haberse armado, es digno de las mas ridiculas expresiones. Si es en lo exterior, es raro el sugeto que no quiera hacer ostentacion de ser caballero. A un quitame allá esas pajas disputan ser mas nobles que el que mas; y esto, aun en el caso de serlo menos que el que menos. Algunos por sostener tan descomunal locura, han comprado en el rastro una executoria tamaña. Otros toman la ma-

nía por hacer arboles genealogicos, y se enraman ó entroncan con las familias mas condecoradas de la Monarquía. Por ultimo, otros ocurren á unos medios los mas raros que ha inventado el arte de engrandecerse. Aqui viene de perilla la aventura de Don Quixote en el bosque, quando los azotes de Andresillo. Dixole aquel, hablando por el labrador que le azotaba: ,,con que el me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dexaré ir libre, y aseguraré la paga.'' Respondió Andres: mire Vm. señor lo que dice, que este mi amo no es caballero, ni ha recibido orden de caballería alguna, que es Juan Alduado el rico, vecino del Quintanar.

A esta instancia reproduxo Don Quixote lo siguiente : poco importa eso , que Alduadones puede haber caballeros, quanto mas que cada uno es hijo de sus obras. No pudo Socrates haber hablado con mas concierto, pues á la verdad las obras son las que constituyen á cada qual caballero ó infame. Y asi , ya que son bien contados los que no quieran tener insulas de caballeros, procuren acreditarlo con los hechos. Sea la virtud su principal objeto; y de este modo conseguirán lo que tanto desean. De otra manera , ni el que es conocido por caballero puede serlo ¿quanto menos el que no lo es? A este asunto escribió, ó dixo un famoso Poeta el siguiente soneto.

Pobre, rico, vasallo, y soberano,
Todos iguales son, todos parientes,
Porque nacieron ramas descendientes
Del tronco antiguo del primer humano.
Sepa quien con sus titulos ufano
Toma por calidad los accidentes,
Que hay dos generaciones diferentes
Virtud, ó vicio, lo demas es vano:
Por mas que quiera la genealogía
Colocar en sus venas la nobleza,
Muy superior á la que Adan tenia,
No podrá desmentir naturaleza;

Pues sin virtud es siempre la
hidalguía
Una triste fantasma de grandeza.

Desdichado de mí, dixo Alonso: ¡cómo retribuiré ahora el descalabro que hice á los pobres arrieros, quando velaba las armas á la orilla del pozo! Vaya, Cura mio, sin dificultad estaba yo loco. Lo que mas extraño es la facilidad con que asentí á quanto me dixo el Ventero, y con la puntualidad que observé sus consejos. Sosegaos, le dixe, mi Alonso; basta vuestro buen deseo para la satisfaccion de los arrieros. En quanto á haber tomado los consejos de aquel Socarron no os dé pena. Todo esto no es capáz de embotar

la lanza. Es muy general el que los hombres sean faciles en recibir los consejos que oyen, mayormente si corren con sus deseos. Yo os aseguro, que si como fueron favorables á vuestros designios, hubieran dirigidose á lo que os convenia, quizá, y sin quizá, no los hubierais recibido, ni observado con tanta puntualidad. Si, como debió, os hubiese dicho entonces: Señor Vm. va errado, ó está mal instruido, y peor informado; mire que quanto se lee, ó se dice de los Caballeros andantes, es un embuste; vuelvase Vm. á su casa á cuidar de su hacienda, y dexese de aventuras; puedo certificaros que no lo hubierais adoptado; y aun tengo para

mí, que hubierais enristrado para él, como pensasteis haber hecho con Juan Alduado.

Dificil es dar consejos, pero mas trabajoso es admitirlos el que los necesita, siempre que sean con arreglo á justicia. Los necios no se detienen en subministrarlos á troche y moche, aun sin pedirlos; pero los cuerdos se miran muy mucho en darlos, aun en el caso de necesidad y exìgencia. Muchos ocurren á consultar, proponiendo y probando lo que les dicta su apetito. Fue un joven, perdido de enamorado, á aconsejarse de un amigo mio para que le dixera, si acertaria en casarse? Su arenga toda se dirigió á probarle que en el nacimiento le aventajaba la novia, que tenian sus

padres un caudal desmedido, y que por todas circunstancias le parecia ventajoso el matrimonio. Conocia mi amigo la moza, y aun profesaba alguna amistad á el padre del novio. Cerciorado de que era falso quanto dixo por preliminar, y viendo el poco seso del mozo, y la ciega pasion que le dominaba, le dixo. Amiguito, en eso de matrimonios, ó bodas jamas me meto; pero siendo asi como Vm. dice, bien puede hacerlo; mas cuidado, que si me engaña, ni respondo por el consejo, ni dexo de persuadirme que será Vm. un infeliz toda su vida. Se despidió aquel, y reflexîonando sobre las palabras de este, seguro de que era falso quanto habia dicho, temeroso de las resultas de-

sistió de su intento. Tanto poder tiene como todo esto un buen consejo dado á tiempo, y con discrecion. Del mismo modo que es perjudicial el Medico que contempla al enfermo, lo es el que aconseja segun el deseo del solicitante. Asi como aquel dora las pildoras para que no fastidien al enfermo, este debe dorar los consejos segun las circunstancias: y quando estos son de inferior á superior, entonces debe procederse con mas tiento, proponiendo siempre lo justo, y no dejandose jamas arrastrar del temor de perder su gracia. Es una debilidad la mas execrable hablar solo por contemplacion, y valerse de la adulacion en semejantes casos. Mas de una vez

se ha visto perder un reyno por un delito tan atroz, como no decir el verdadero sentir, sino el que favorece la intencion, deseos, ó designios de un Principe. El temor obligó al Ventero á contemporizarse con Don Quixote. Solo los sugetos de viles, y baxos pensamientos siguen este exemplo, pues la verdad, justicia, y razon deben de militar en la administracion de consejos.

Siguió el bueno de Alonso diciendo: si ya que la mala suerte mia, ó el haberme abandonado á la voluntad del rocin me conduxeron á la fatal, y desgraciada aventura de los Mercaderes; y pues que la fortuna me deparó aquel compasivo labrador que me llevó á mi

casa, me hubiese quedado en ella, y escarmentado con tal desengaño, no hubiera seducido al pobre de Sancho. ¿Quántas menos zozobras, y remordimientos padeceria, que los que en esta hora sufro? Al acordarme de los tuertos que hicièron mis promesas á este miserable, y los pocos arbitrios que me han quedado para recompensarle el desaguisado que le he ocasionado, me parece que no he de hallar misericordia á los ojos del Señor.

No os aflixais, le dixe entonces: las misericordias de Dios no tienen limites, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. En quanto á Sancho no paseis la menor pena; él se dá por satisfe-

cho, y basta. En lo que no hicisteis bien fue en entregaros á la discrecion del rocin, y en no vivir desconfiado en sus fuerzas y resistencia; pero consolaos conque son muchos los que se dexan llevar de peores animales, y en otras aventuras de mucha mayor entidad, y conseqüencia. Mucho peores van los que se dexan conducir por Zorras, Tigres, Abestruces, y Culebras ponzoñosas. La caida de vuestro rocin fue tan casual como la vuestra; pero los que se dexan regir por tal casta de animales, se ven precipitados, quedando en salvo las mas veces aquellos que por el soborno, ú otro motivo los han derribado, ó han originado su caida. En vuestra desgracia hallás-

teis quien os socorriera, quien os levantase; pero estos no hallan sino la maldicion, y el odio general.

De todos modos hubiera sido mejor que, escarmentado en cabeza agena, no hubieseis intentado la segunda salida. Felíz el que se hace sabio á costa de otros, como el asno de la fabula que no quiso comer la zebada, que le habia sobrado al puerco, degollado en sacrificio de Hercules, diciendo á su amo: yo tomaria con gusto tu zebada si no considerase, que el que se engordó con ella acaba de morir.

A cada una de estas reflexîones daba Alonso un profundo suspiro, y se lamentaba de la lectura de los libros; pero ape-

nas hube acabado, quando me suplicó con el mayor encargo, que hiciese quemar toda la librería, pues deseaba no sirviesen en daño de otros. Ya está hecha, le dixe, esta diligencia, y muchos dias hace, bien qué hice un escrutinio en el que dexé los buenos, y sentencié los malos á las llamas. No, no, dixo entonces, mandad tambien que quemen esos.

Con toda esta delicadeza pensaba el bueno de Alonso, y con igual pensamos todos quando nos vemos á las puertas de la otra vida. No solo incomoda lo malo, sino tambien lo que es indiferente. Para este punto esperamos imprudentes los escrupulos. En lo que toca á librerías, si se escudriñasen

hoy por el Licenciado, ó por Saavedra, ¿Quántas no sufririan igual destino que los de Don Quixote? ¿Quántos facultativos tienen estantes llenos, y á dos filas, solo con el objeto de acreditarse, y de engañar al público? Conocí á uno de este genéro, que tenia en su antesala un prodigioso número de obras, y enmedio un facistol con tres de á folio abiertos: llamóme la curiosidad á ver la materia de que trataban, y hallé que no podia leerse, ni una letra, por estar cubiertos de polvo. Supe de otro que se sentaba al frente de una ventana baxa, y con unos espejuelos mayores que los de una mula de noria, aparentaba estudiar en

un librote mayor que los de canto de la Catedral de Burgos: acechado por algunos, de no muy buena intencion, observaron que en todo un dia no volvia una hoja. Se refiere de un Indiano, que recien venido á esta peninsula preguntó á un amigo suyo el modo de hacerse recomendable. Este, entre otras cosas, le encargó que comprase una buena librería. El Indiano tenia cada letra del tamaño de una tapadera de pozo; pero sin embargo tenia un tanto de filosofía parda, segun el arbitrio de que se valió. Para mi, dixo, sirven los libros lo mismo que á un ciego los anteojos. Mejor será construirla de madera. En efecto llamó carpinteros, y es-

tos fabricaron estantes, y libros segun el metódo de la de Valencia; pero todo de pino, y bien representados los volúmenes. Luego hizo que los pintores la diesen el ultimo golpe de tal modo, que parecian libros acabados de encuadernar en Londres. Y por fin con los enrejados, y vidrieras, que al parecer les resguardaban de todo curioso, llamó la atencion de toda la Ciudad, y consiguió que le considerasen por uno de los que llaman eruditos.

Mejor seria que los que tienen librerías, para que se mantengan virgenes un siglo, imitasen á este Indiano. Es de advertir que no son estos los mas malos. Otros hay que com-

ponen el todo de sus librerías, con solo los que llaman Filosofos modernos. Una categoría de entendimientos, que habiendo aprendido el arte de hablar con el corazon humano; y segun sus apetitos sensuales, tienen tanto poder; que seducen al mas cauto, nó con la Filosofía, sino con la Retorica; cuya pintura, y conseqüencias dá á entender bien por lo claro nuestro inmortal Saavedra en su república literaria.

,,Mira, le dice Marco Varron, quan pagada, y enamorada de sí está la Retorica con sus afeites, y colores, desmintiendo la verdad, siendo una especie de adulacion y un arte de engañar, y tiranizar los animos con una dulce violencia,

tan embaidora, que parece lo que no es, y es lo que no parece. Esta es la lira de Orfeo, que llevaba tras sí los animales; y la de Amfion que movia las piedras, siendo piedras y animales los hombres al encanto de ella. Por esto los Espartanos no la admitian en su Ciudad, y los Estoycos la echaban de su escuela, porque mueve los afectos, y agrava las enfermedades del ánimo. A los Oradores llama Socrates públicos lisongeros, y advierte el peligro de darles oficios en la República, porque engañan la plebe, moviendola con la dulzura de sus palabras á lo que ellos desean; y fiados en esta fuerza y poder de sus labios, y plumas intentan

sediciones, como lo mostró la experiencia en los Brutos, Casios, Gracos, Catones, Demostenes, y Cicerones. "

Y como en estos tiempos Voltaire, Rousseau, Marmontel, Reynal y otros que callo por no recordar tan detestables nombres. No puedo comprehender como, ó quando pueden merecer estos el nombre de filosofos; ni de filosofia las materias de que tratan. ¿Qué entiende el orbe literario por filosofia? ¿Es mas que una ciencia que tiene por objeto la naturaleza de las cosas, y moral fundada en la razon y experiencia, para comprehender y explicar los efectos de aquella? Y por el nombre de filosofo ¿qué entiende la república de las letras?

Una persona que se aplica al estudio de la naturaleza de las cosas, y de la moral? Esto supuesto como una verdad incontrastable, ¿adónde, ó como pueden ser estos filosofos? ¿En qué libro, en qué parrafo pretende ninguno de ellos desenvolver los escondidos secretos de la naturaleza? No pueden señalarlo los que se dedican á su lectura; mas sí podrán decir que todos sus discursos se dirigen á destruir los vínculos mas sólidos y sagrados de la sociedad; que no respiran mas que corrupcion, y que por ultimo el septicismo y pirronismo son sus desgraciados paraderos. Los mas, como dice Baile hablando de los espíritus fuertes, hacen lo mismo que llevo dicho

de Don Quixote. Solo despiertan de su letargo á los ultimos dias de su vida, y en aquella hora quisieran volver en su provecho, lo que ha sido en su daño.

Mucho le afligia á Alonso la memoria de sus pasadas locuras, especialmente el no poder premiar los buenos servicios de Sancho. Acordóse de la segunda salida, y del razonamiento que pasó entre ambos en el camino de Montiel, quando Sancho, rellenado de las promesas que le habia hecho su Amo, le dixo: ,,señor Caballero andante, que no se le olvide lo que de la Insula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea.“ Y dixo, es verdad el refran,

que un loco hace ciento.

Todos quieren gobernar, y ninguno halla á bien el ser gobernado; y todos pensamos que gobernariamos con mas acierto que los mismos Gobernadores. El amor propio, que con freqüencia nos engaña, conduce á pensar de esta manera; y lo que es peor, á criticar las operaciones de los Superiores. El hijo halla por mal hecho quanto hace el padre, el subdito las disposiciones del superior, y el vasallo las determinaciones de su Soberano, y de sus Ministros. Serán bien contados los que no se juzguen mas políticos que Felipe Segundo, que Sulli, Colbert, Alberoni, Marques de la Ensenada, Necker &c. pero es buena locura, ri-

dicula necedad. El orgullo, la vanidad y poca reflexîon inducen al hombre á estos, y aun peores pensamientos. Si cada uno cuidase de conocerse, veria lo limitado de su entendimiento, y lo mucho que está expuesto á la falibilidad en sus juicios. Si premeditase las circunstancias que se requieren para proceder con acierto el que manda, aun en las disposiciones mas triviales, deduciria el tino que es necesario para las de alguna entidad. Si se entrase en las casas, y observase los cuidados y reflexîones de un padre de familias para obrar con acierto, y luego echase la vista sobre lo que será necesario para gobernar una ciudad, una provincia, un reyno, no

sería tan facil en blasfemar de las disposiciones contra las leyes divinas y humanas. Si por fin atendiese á que muchos se han exîmido de todo mando, por considerar el peso que arrastra consigo el mandar, nadie chistaria. Es temeridad execrable, y digna del mayor suplicio, no digo blasfemar de las operaciones de los que mandan; pero aun de las mas leves expresiones que tiren á desacreditarlos. Solo las bocas sacrilegas se toman una libertad, que les constituye delinqüentes á la presencia de Dios y de los hombres. Obedecer y callar son los cimientos de la tranquilidad. No aspirar como Sancho á gobernar; contentarse cada qual con el estado en que le ha puesto su fortuna, y

tener á la vista el siguiente caso que nos refiere Esopo.

Un cuervo se hallaba mal contento del estado y condicion en que habia nacido, y deseoso de hacer mas papel que el que le tocó por suerte, se resolvió á recoger las plumas que arrojaban unos pavos: ya que acopió una cantidad, se vistió de ellas, y despreciando á los suyos se metió entre ellos; pero no bien lo habian conocido quando le acometieron, y despues que le hubieron arrancado las plumas á picotazos, le hicieron huir. El pobre cuervo, viendose tan maltratado, triste y pesaroso, se volvió á los suyos, los que le recibieron con el mayor desprecio. Uno de ellos, á quien antes habia desairado, le dixo

las siguientes palabras : si te hubieras contentado con vivir entre nosotros , y con nuestra condicion , ya que naturaleza no te ha dado otra , no habrias pasado por la afrenta que te hicieron los pavos ; ni menos te verias en la miseria, en que te ves , despreciado de tus propios hermanos.

Lo mismo acontece , ni mas ni menos , á aquellos que pretenden elevarse mas arriba de lo que ofrece su condicion. Sancho , sin embargo de las seguridades que le daba Don Quixote , dudaba de verse en una esfera tan alta , con respecto á la infima en que se hallaba; y desde luego á no haberle animado su Amo con aquellas palabras : encomiendalo tú á Dios,

Sancho, que él te dará lo que mas te convenga; pero no apoques tanto tu ánimo, que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado: hubiera sin duda desistido de tan extraordinaria empresa. Algunos casos se han visto con asombro de los prudentes; mas una golondrina no hace verano. Mucho puede el nepotismo; pero siempre es lo mas acertado no aspirar á alturas desmedidas, por mas que por algun extraordinario camino se presenten accesibles.

Siguió mi amado Alonso, maravillandose de la ceguedad con que envistió á los molinos de viento, creyendo que eran Gigantes; y mucho mas, viendo que las amonestaciones de San-

cho no le habian separado de tan loca aventura. Con razon vino la reconvencion de este: ¡valgame Dios! exclamó, ¿quando me vió derrotado y derribado en el suelo, y vino á socorrerme, no le dixe yo á Vm. que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en su cabeza? sin duda no podia ser otra la causa. Bien me molió los huesos la despedida que recibi de aquella grande hasta; pero con todo yo en mis siete. En verdad no creyera, sino lo hubiese palpado, que tan duros sean algunos hombres de cascos.

¿Quántas cabezas de Quixotes habrá hoy mas llenas de

viento, y mas duras que la del Manchego, que envisten, no digo molinos de viento, sino á otras mayores, y mas peligrosas aventuras? ¿Quántos, dominados de la sobervia, vanidad, envidia, ambicion, sed insaciable de oro y plata &c. emprenden ciegamente hechos mas temibles que el de los molinos de viento? Es antiquísima esa orden de caballería. Con alusion á esto nos pinta la fabula á los hijos de la tierra peleando con Jupiter; pero precipitados aquellos en los abismos con la lluvia de rayos que les envió este Dios irritado, en castigo de tan atroz audacia. De otros se refiere que han envestido al monte Etna de Sicilia, pagando, sumergidos en las cenizas, tan temeraria aventura.

Hoy, y siempre el hombre preocupado y ciego emprende cosas superiores á sus fuerzas y talento. No perdona divinidad, religion, soberano, ni leyes, labrandose continuamente su destruccion; y sin que le contengan los escarmientos que lee y oye por una tradicion infalible: verdadero imitador del Caballero de los molinos, al que no le basta para reconocer su demencia, el verse derribado y estropeado él y su caballo, y con todo no desiste de buscar aventuras; sino que entra en otras mucho mas peligrosas. A lo menos movian á Don Quixote los laudables fines del honor y amor á la república; pero estos se precipitan por las opacas sendas del odio, venganza, am-

bicion &c. Si estos desvanecidos bucan su ruina por la carrera de la infamia, otros se ganan inmortal gloria, aun acometiendo por diluvios de peligros. Impelidos del honor, del amor al Rey y á la patria, entran por las sendas de los trabajos, y afanes en la clase de los Heroes; ¿pero de que manera? despreciando sus propias vidas por una parte; y por otra dirigidos por el talento, conocimientos adquiridos á fuerza de estudio, y demas presupuestos: acometen empresas solo al parecer Quixotescas; pero á la verdad asequibles. Muchos exemplos pudiera traher en prueva de esta verdad; pero bastará para autorizarla el inmortal Colon.

Este atrevido navegante cuya empresa grabará con caractéres inmortales la gloria de España por el descubrimiento de America, desengañó á todo el linage humano, de que aun las tentativas, que al parecer de los ignorantes, son superiores al ataque del molino de viento, no lo son á los ojos de los que se paran un tanto en considerar la verdad. La propuesta de aquel Heroe fue por algunos reputada por caballeresca; pero bien meditada por los gloriosos Fernando, é Isabela, añadió á su dominio nada menos que un nuevo mundo. La esperiencia acreditó la penetracion de estos Soberanos, y al mismo tiempo la profunda ciencia de Colon.

Propuso con seguridades el intento, demostrólo con evidencias, y luego manifestó con el siguiente suceso, que aun era capaz de otras cosas mayores. Naufragó su navio á las inmediaciones de la isla de la Jamaica: como pudo consiguió arribar á uno de sus puertos, y animoso, como siempre, resolvió construir otra nave con los fragmentos de aquel. Escaso de muchas cosas necesarias, se viò en la necesidad de ocurrir á los naturales de aquella isla. Se negaron estos con insolencia; y viendose en el total desamparo, agota todos los recursos de un hombre sabio como lo era. Acuerdase que dentro de breve tiempo debia acontecer un eclipse total de

Luna. Calcúla la hora y minutos en que debia suceder, y con este presupuesto convoca á los Indios, les pide los socorros que necesitaba, y, vista su obstinacion, les dice con una voz de amenaza lo siguiente: vosotros negais barbaramente una hospitalidad connatural con vuestra especie. Creis que por este medio habeis de conseguir lo que pretendeis? pues atended: si no me dais quanto necesito recurriré al Dios de los Españoles, y en breve experimentareis el castigo que mereceis: al anochecer vereis ponerse roja la Luna, y luego obscurecerse de un todo en señal del castigo que os ha de enviar. Y ostentando por una parte alegria, y por otra

un zeño de ira los dexó precipitadamente. Los naturales, ya cuidadosos, ya movidos de la curiosidad esperaron con ansia el catastrofe anunciado; mas á penas vieron el primer paso predicho por Colon, corrieron azia él, suplicando intercediese el perdon. Este que vió la suya les conjura antes, y les ofrece que en breve volveria á su pasado esplendor. Y con este sabio arbitrio consiguió quanto podia apetecer. Luego la ciencia, y buena direccion acreditan de superables las empresas mas arduas, y mas peligrosas. ¿Y Qué no podria decir de nuestro Hernan Cortés, Pizarros? &c. pero no me permite tanta estension la materia; y basta esto

para concluir, que quando el honor, el amor al Rey y patria compelen á acciones de heroismo, la misma providencia acude con su socorro; pero no siendo este el agente, aun las mejores combinaciones se ven frustradas por aquella. ¿Qué mucho saliese frustrada la de Don Quixote, si solo la dirigia la ventolera de sus cascos?

Me angustiava el amigo Alonso, con sus quexidos y lamentos; y mas, quando bebiendose las lágrimas, con amargos suspiros me decia: no siento sino el ver que ya no puedo remediar tanto desacierto como he cometido. Pensaba enderezar tuertos, destruir abusos, y satisfacer deudas; pero tuertas han sido mis ac-

ciones, he dexado los mismos, ó mas abusos, y deuda ninguna he satisfecho, antes al contrario las he acrecentado. Ay de mi.! Si de tal modo se lamentaba entonces, ¿ qué no haria en la epoca presente? ¡ah! amado Alonso, si resucitáras, si te levantases de ese sepulcro, y observáras trastornada toda la faz de la tierra con tan diferentes libros, y ordenes de caballería, mucho mas perversos, que los que intentaste seguir: cómo podrias dexar de exclamar: ¡ó tiempos, ó costumbres! nada eran mis locuras en comparacion de aquestas. Verias cambiado el buen deseo de tus caballeros andantes, sus trajes, y compostura exterior &c. en una

corrupcion general. Ya no hallarias á la inocencia, verdad, pureza, ni integridad. No darias con un Sancho como tu Escudero, ni una Teresa como su Panza. Oirias la voz *Moda* que no rezaba en tu tiempo el diccionario. Hablarian del *Luxo*, que tampoco conociste, aunque tan antiguo, pues destruyó á Roma. Mirarias á uno y otro sexô con dos cadenas colgando de las ingles en señal de dos reloxes, de oro, plata, y brillantes, construidos en Londres, París, Ginebra &c. y en una palabra, registrarias una por una las partes que componen el vestido, y dirias. ¡Ay Dios! ¿Será posible que se haya abandonado aquella vestimenta tan

envidiada de todas las naciones? ¿De donde ha venido esta afeminacion? preguntarias acaso. ¿Para qué son estos reloxes? y te responderian, para parecer bien, lo mismo que los demas adornos que miras. Buena necedad, dirias; si á lo menos tubiesen por objeto, el tener presente la celeridad con que corre el tiempo, el corto número de instantes que pueden restar de vida, la hora en que debe asistir cada uno á su respectiva obligacion, en este caso serian de mucha utilidad. Ay señor te responderian; quando mas, sirven para saber la hora del paseo, tertulia, comedia, opera, visita &c. y esto no son todos, porque los mas no corren, esto es,

ni apuntan ni dan. Yo aseguro que te reirias con Democrito, y que llorarias con Heraclito las miserias del dia; y que tal vez creerias, que no estabas en España segun la total variacion de tu era á la actual. Te compadecerias mas de los Españoles, y de sus desbarros al mirar el estado tan floreciente en que está hoy. Para la completa prosperidad de aquestos y su adelantamiento, tanto en las letras como en las artes, verias erigidas muchas Universidades, y Colegios, otras tantas Sociedades economicas y muchas escuelas que en tu tiempo no conocia España. Observarias con admiracion canales, y caminos costosísimos para franquear el giro de los

frutos, é industria. Verias el comercio en un punto qual nadie lo podia esperar en tan corto tiempo; y asi mismo un número prodigioso de navios de guerra y mercantiles para la seguridad, lustre, y ventajas de toda la nacion; el libre comercio, el Banco nacional y las freqüentes cedulas que salen diriamente, dirigidas todas á manifestar el zelo, vigilancia del Soberano, y sus Ministros. En todo notarias un adelantamiento grande; mas poblada, y con nuevas poblaciones, y plantios, y por ultimo al ver tantos edificios magnificos, tanto número de puentes robustísimos, y que todos publican en mármoles, y bronces, las glorias del Soberano, á cuyas ex-

pensas, y zelo se debe una prosperidad tan manifiesta. Leerias en todos: siendo Rey Carlos III. Reynando Carlos III. se construyó, se erigió este edificio. Toda esta multitud de prodigios, y quanto de nuevo se mira en beneficio de la Monarquía, lo debemos á el magnanimo Princípe, verdadero Padre de la Patria, que ya goza de la Eterna Bienaventuranza. No puede dexar de ser asi, ni se puede esperar otra cosa de un Rey tan justo, tan piadoso, tan católico como este. Lloraria con justicia uno y otro mundo Español, á no habernos dexado el consuelo en su verdadero Hijo Don Carlos IV. en que formado su corazon con las santas, y sabias maxî-

mas de su Augusto Padre, ya nos dá las mas positivas muestras de ocupar el lugar de este, que lloramos, procurando por quantos medios son imaginables desterrar la indigencia y promover la prosperidad. Y por ultimo, de un Soberano, que ayudado de su Esposa, de esa Señora, que ya de Princesa, supo robar los corazones de todos; y ya Reyna los cautiva mas, y mas, con su afabilidad y demas virtudes que en ella brillan á porfia. Esa admirable Reyna que sabe obscurecer á las Isabeles, Elisabetas, y Catalinas; y que ya ha ganado el renombre de verdadero modelo de las Reynas.

¿Será creible que colmados los Españoles de beneficios,

subsistan aun dando lugar á que los Estrangeros los murmuren de indolentes, y de barbaros? ¿Podrá creerse que con tanta prosperidad no hemos de abrir los ojos?

No basta, visto es, que los Soberanos se sacrifiquen á favor de los vasallos. Es preciso que nosotros contribuyamos á sus altos designios, y que hagamos los mas poderosos esfuerzos para obrar de concierto con sus MM. y que imbuidos de las sabias maxîmas que ha deducido el Cura, y en adelante deduxere, esto es, que armados de una moral tan sana, y tan util, hagamos renacer las antiguas costumbres, el Patriotismo de nuestros progenitores, y el valor, que tan-

tanto decantan todas las antiguas plumas. España es la misma, y el propio caracter de los Españoles; pues ¿porqué no han de ser iguales las costumbres?

Ea Alonso mio, ya puedes descansar en este eterno letargo, ya los Españoles, no esperando para otro dia á sacudir la corrupcion, y animados con su moral, á no seguir mas sendas que la virtud, bolverán á manifestar que son ahora los mismos que fueron en aquellos tiempos. Ya en lo succesivo se reputará por sacrilegio vestir mas paño, ni mas telas que las que se fabrican en la Peninsula. Desterraráse todo efecto estrangero, y se quedarán entre nosotros el

numero de millones que se escapan de nuestras manos. Con esto lograrémos venderles mas, y comprarles menos; unica maxîma que puede enriquecernos. Y ya que la providencia nos favorece con tanta prodigalidad, y que podemos decir, que todas las posesiones españolas son mas ricas, mas fertiles, y mas pingües, que quantas conoce el mundo habitado; rindamos gracias á él todo Poderoso por tantos beneficios; Pidámosle por la salud de nuestros Soberanos, y manifestemos nuestro agradecimiento, con reformar nuestra conducta, educar los hijos, como el principal fundamento de la sociedad. Ya no se verán en adelante, á lo menos

asi lo espero, mas libros que aquellos que nos instruyan en la Religion, amor al Príncipe, y adelantamiento en las ciencias, y artes. Ya no respiraré-mos sino para llenar los buenos deseos de Sus Magestades, y con esto se dedicarán mas á cuidar de nuestro bien, y tranquilidad. Uno de los cuidados que en el dia incomoda al Soberano, es el desempeñar la Corona. Sin lograr esto quanto antes, pocos podrán ser los progresos; pues corramos todos al desempeño. Todos Patriotas, todos soldados, todos salamandras de nuestro Príncipe, conseguiré-mos, no solo la prosperidad de la Monarquía, sino tambien el hacernos respetables, como

en otros tiempos, de todas las naciones.

Este fue el único fin, y el singular premio que esperaba el Cura de escribir esta obra, esta moral fundada sobre las razones que dixo Alonso con relacion á las gloriosas hazañas del Hidalgo de la Mancha. Este mismo es el que yo espero de haberla aplicado al tiempo presente. Confio que todo el mundo Español la recibirá gustoso, y que con la practica de ella hará que éntre en el glorioso templo de la inmortalidad nuestro actual Monarca Don Carlos IV. y su dignisíma Esposa Doña Maria Luisa; y asimismo que la posteridad

entone himnos de gozo en memoria de sus vasallos. Asi lo espero, mientras voy á prepararme para escribir el segundo libro.

El Que selo halle ser
servira de volverlo ala calle
de Serranos Q.
Casa Num.º 3 manzana.

